

MC
RO
XS

POSDATAS SOB
RE LA MUERTE

IT
MA
IG
LL
II
RO
DL
OR

MC
OR
2X

802 2AT0209
RE LA MURTE
ETREUM AJ ER

TI
AM
GI
LI
OR
OR
AD

ELVO Editorial · Narrativa
info@elvoeditorial.com
www.elvoeditorial.com

Primera edición: febrero, 2023.

© Maximiliano Costagliola.
© ELVO Editorial.
© de la fotografía: Analía Villar.
© diseño cubierta y maquetación: Daniel Moscuget.
Todos los Derechos Reservados.

Dep. Legal: MA 234-2023
ISBN: 978-84-126692-1-3



Gracias por comprar la edición autorizada de este libro. Por favor, no escanee, reproduzca, distribuya o fotocopie ninguna parte del mismo sin permiso de la editorial. De este modo estará respaldando a los autores y permitirá que editoriales independientes, como la nuestra, continúen publicando libros como el que tiene en sus manos. Si necesita fotocopiar, distribuir, reproducir o escanear partes de este libro, dirijase a CEDRO.

Queda prohibida, por tanto, la distribución, reproducción total o parcial, transformación o comunicación pública por cualquier vía sin contar con la autorización previa de los titulares del copyright, salvo los previstos por la ley.

NE
RO
XS

**POS DATAS SOB
RE LA MUERTE**

IT
NA
IG
LL
I
RO
OL
OR



Para Ani

MC
RO
XS
POSDATAS SOB
RE LA MUERTE
IT
MA
IG
LL
II
RO
AL
OR

RUIDOS DE ALFIL

— **H**ay un muerto y lo tenés que enterrar vos —sentenció entre dormida Lola. Eran las cinco de la madrugada y, como todas las noches, yo hacía piruetas para acomodarme en la cama sin despertarla.

—¿Cómo? —le pregunté con la expectativa de poder estirar el humor absurdo del lenguaje en diagonal de los sueños.

—Hay un muerto y lo tenés que enterrar vos —repetió categórica y giró la cabeza para hundirse aún más en el sueño.

Quedé fosilizado. La reiteración sugería una convicción que volvió intimidante lo que comenzó como un juego. Me terminé de acomodar para dormir.

A la media hora estaba levantado nuevamente, presa de una sugestión y una inquietud galopantes. Había un muerto en mi casa y el compromiso de sepultarlo era mío. Lo que indicaba que yo lo había asesinado o, por lo menos, que me cabía algún grado de responsabilidad en su desgracia.

Bajé a la cocina. Por alguna extraña razón me imaginé al finado como un puñado de huesos que se amontonaba al lado de la puerta ventana de la cocina. Me asomé titubeante. Pero en ese rincón sólo hallé el escobillón escoltando mugre sin recoger. Llamé a la perra, que dormía plácidamente en su cucha. Respondió al instante,

con algunos ladridos roncós al principio y luego, con su habitual repertorio de lamidas y cola hiperquinética. Recorrí como un maniaco el resto de la casa. Nada.

Confirmar que Laika estaba viva me alivió. Le redoblé la ración de comida. Paradójicamente, me perturbó no encontrar la osamenta desarticulada que me había figurado. Esa curiosa reacción estaba asociada a mi estúpida necesidad de controlarlo todo. Si hubiera dado con el cúmulo de huesos, lo hubiese enterrado y le habría dado al asunto una solución práctica. El muerto estaría donde deben estar todos los muertos: unos cuantos metros bajo tierra. En cambio, así quedaba flotando.

Y había más. Porque con Lola hace siete años que vivimos en La Plata. Compramos un PH con un crédito hipotecario a pagar a treinta años. La cantidad de PH que existen en La Plata es increíble; tantos que ameritaría conocerse como «La ciudad de los PH» mucho más que como «La ciudad de las diagonales». Nuestro PH está situado al fondo de un pasillo donde hay dos viviendas más. El patio que tenemos es un infame cuadrado de baldosas con paredes de cinco metros de altura porque nuestra casa y la del vecino son de dos plantas. Nada mejor para sentirse claustrofóbico. El opresivo patiecito tiene un cantero de dos metros por treinta centímetros; el único espacio verde de la casa, lo cual no es más que un eufemismo porque jamás germinó césped allí, sí unas pocas plantas que rompen la aridez monocromática de la tierra reseca. De haber existido el manojito de huesos, no sólo lo hubiera podido sepultar sino que además, por descarte, hubiera tenido resuelto el problema del lugar donde hacerlo.

Tuve que conformarme con sentarme en el borde del cantero y fumar un cigarrillo mientras el amanecer acababa de perfilarse. Cuando lo liquidé, tomé un ansiolítico y me fui a dormir. Esta vez Lola no dijo nada.

Soñé que cavaba incesantemente sobre el cantero sin saber para qué lo hacía. El cantero había sido trasplantado al corazón de un baldío y yo paleaba sin descanso bajo un sol abrasador. A pesar del empeño, apenas conseguía hacer un pozo del tamaño de una sandía. Luego, por esas transposiciones caprichosas de los sueños, aparecía en un sepelio muy curioso. Vestido de traje y empapado de sudor por la faena de la paleada, observaba la escena a la distancia prudencial que le corresponde a los que no son allegados a la víctima. Un viejo sepulturero, cuyo rostro acusaba una soledad tan enraizada que parecía canalizar el ínfimo instinto gregario que conservaba hablando exclusivamente con los muertos, procuraba colocar un ataúd del tamaño de un bebé en un pozo de idénticas dimensiones al que yo había hecho. Descubría espantado que se trataba del mismo hoyo. La misión era imposible. Luego de varios intentos fallidos, el viejo se resignaba y dedicaba una mirada pesarosa a los presentes —invisibles para mí— que se desgañitaban en un sollozo destemplado. En una milésima de segundo, como si la escena fundiese a negro, caía la noche y una legión de ojos brillando despiadadamente apuntaba hacia mí con un dejo de reprobación vengativa.

Me desperté sobresaltado. El reloj marcaba la una de la tarde. Me di una ducha con la esperanza de despejarme. Fue inútil. La obsesión con esa frase y con el sueño no me abandonó un segundo. ¿Quién era el muerto?; ¿por qué yo lo había asesinado?; ¿era una persona o una cosa?; ¿cuándo había ocurrido el hecho? Me fui a trabajar.

Agradecí que mi jefa había faltado, porque no conseguí concretar una sola póliza de seguro. Parecía un zombi. Mis compañeros me preguntaron insistentemente si me sentía mal y yo les dije que sólo estaba un poco preocupado porque habían internado a mi madre.

De regreso a casa paré a comprar comida hecha, Lola había viajado a Necochea por trabajo y llegaba a las cuatro de la mañana. Devoré la cena como si algo me urgiese. Le di a Laika una ración abundante de su alimento —si no me desmarcaba pronto de la paranoia acabaría teniendo una vaca en lugar de una perra—. Luego estuve un buen rato andando de un lado a otro de la casa como un león en su primer día de cautiverio. Salí a la calle para ver si un poco de aire libre me ayudaba a pensar con más claridad. Eran ya las dos de la madrugada. Las luces de neón acribillaban la noche urbana difuminando las siluetas de los transeúntes y los objetos. Todo parecía impreciso, fugaz. Tomé por la calle 71 y fui bajando en dirección a 1. Cada vez que daba con la puerta de un pasillo pensaba: ¿cuántos PH esconderá?; ¿cuántas familias?; ¿cuántas personas?; ¿cuántos mundos? Ésa era la forma que tenía mi incógnita. Los PH eran la representación material del misterio que me estaba torturando. Cuando llegué a calle 1 giré a la derecha, en dirección a 66.

De pronto recordé una charla con Lola ni bien nos conocimos. Me tanteó sobre la posibilidad de tener un hijo. Yo le dije que no tenía pensado ser padre. Ella sonrió y aclaró que se estaba refiriendo a un futuro mediato. Pero yo le expliqué que un hijo no estaba incluido en mis planes ni ahora ni en cualquier forma de futuro. Sorprendida, volvió a sonreír, pero esta vez amargamente. A los tres años la pareja pasó por una crisis y yo, corroído por el egoísmo y la culpa, le dije que, después de todo, separarnos sería lo mejor para ella, que yo no era nadie para privarla del deseo genuino y natural de ser madre. Ella me replicó que me elegía a mí y que en esa decisión estaba contemplada la renuncia a tener un hijo. Mi sentimiento de culpa se redobló.

Estaba a la altura de 1 y 68 en el instante que la invocación exhumó esa sensación de culpa de una forma tan vívida que me

pareció estar atrapado en un *flashback*. Cuando volví en mí mismo todo se había teñido de un violeta coagulado. Sentí un leve mareo y una puntada en la boca del estómago. La revelación era flagrante y desgarradora. Bastaba unir la frase categórica con el simbolismo del sueño. Lola había abortado y no me había dicho nada. Había soportado sola y en el más blindado de los silencios el doloroso proceso de la intervención y del vacío subsiguiente para que yo no sufriera atorándome de culpa.

Una vez le comenté, como si le hiciera una confesión de lo más íntima, esa patología a sentir culpa por todo —hasta por existir—. «Lo sabía antes de que lo dijeras, nos conocemos hace más de cuatro años», me respondió. «Sé que sos culposo y también muy frágil, pero a veces aprovechás esa condición para refugiarte en ella y no asumir ciertas responsabilidades».

Reemprendí la marcha con las pupilas saturadas de lágrimas que no tardaron en romper. No lloraba por el hijo que no fue. Para ser sincero, creo que tampoco lo hacía por Lola. Lloraba por el lugar en el que me dejaba su actitud sobreprotectora; un lugar que yo había construido con mis excusas pueriles y miserables. El sueño no dejaba dudas: no había sido capaz siquiera de cavar un hoyo del tamaño de un pequeño féretro. En fin, lloraba de asco y vergüenza hacia mí mismo.

Recorrí las dos cuadras que me quedaban para llegar a 1 y 66. Me hallaba en plena plaza Matheu, una de las menos agradadas que tiene la ciudad, sollozando como el niño estúpido de treinta y dos años que era. Dicen que hay que estar en el lugar indicado y en el momento indicado. Bueno, yo lo estaba: nada más acorde con mi estado de ánimo que esa plaza árida, oscura y hostil. Pensé, en uno de esos ridículos accesos de falsa temeridad que asaltan frecuentemente a los cobardes en estado de desesperación, en internarme en su centro y quedarme allí

librado a lo que pudiera sucederme. El arrebato no sobrevivió al primer paso.

Rodeé la plaza y encaré por la diagonal 73. Estaba realmente aturdido, porque, en general, no me sirvo de las diagonales; de la 73 y la 74, que atraviesan toda la ciudad, jamás. Las pocas veces que lo intenté, buscando ahorrar tiempo y energía, acabé desorientado, gastando el doble de ambas cosas para llegar al lugar deseado. Tampoco recuerdo nunca el número de la calle que sigue a la avenida 32 ni a la 31, situada al sureste, creo. Siete años viviendo en esta ciudad sin poder descifrar la clave de su mayor tesoro: su trazado, sus prodigiosas diagonales que despiertan el elogio de todos los urbanistas y encienden el orgullo local. Tal vez nunca haya aprendido a aprovechar las diagonales porque no me gustan. Tengo la sensación de que camino ladeado, como borracho, mortificado cada segundo por hacer el contrapeso suficiente para no volcar. Es verdad que hay mucho de neurosis en esa resistencia a las diagonales. Como también lo es que me siento un poco tarado por desorientarme en algo tan elemental como un cuadrado con algunas diagonales. Sólo consigo consolarme un poco llevando la cuestión a un plano más abstracto. La cosa es más o menos así: todo cuadrado tiene al menos dos diagonales implícitas. Mientras no se las ve, nada sucede. Pero todo cambia cuando se las traza con el mismo grosor que las líneas que delimitan el cuadrado, como sucede con el casco de la ciudad de La Plata, donde las diagonales son calles de doble circulación al igual que las avenidas que lo demarcan. Éste se transforma, por ejemplo, en dos triángulos si se dibuja una sola, o en cuatro si se dibujan las dos. Uno acaba metido en un triángulo o recorriendo el límite que divide a dos de ellos, que a su vez forman parte de un cuadrado. Y ya se sabe que es difícil ver el bosque en lugar

del árbol. Por si fuera poco, la ciudad tiene otro puñado de bonsáis, diagonales más modestas.

Decía que estaba apabullado para agarrar por diagonal 73. Quizás se trataba de una pulsión inconsciente por perderme, amanecida de la desesperación en la que me hallaba sumido. Recorrí varias cuadras procurando mirar sólo hacia adelante, porque cada vez que lo hacía hacia mi izquierda, veía en el boulevard el pozo deficitario que había cavado en el sueño. Pasé por un kiosco que estaba abierto y estuve tentado de pararme a pedir una pala y ponerme a excavar como un arqueólogo desquiciado. A la altura de 61 debí detenerme y esperar que pasaran dos autos antes cruzar. Mientras aguardaba observé hacia las cinco esquinas. Era enero y a esa hora la ciudad estaba desierta, como sucede habitualmente por el éxodo de estudiantes.

Caminé una cuadra más y me interné en la plaza Dardo Rocha, decidido a continuar por diagonal 73. Un grupo de jóvenes tardíos —por no decir, flor de huevones— saciaban su sed y su aburrimiento con una ronda de cerveza al pico. Una chica que parecía no formar parte del jolgorio regañaba acaloradamente a uno de ellos. Su irritación crecía al compás de la desidia de su interlocutor, que parecía entretenerse con la escena. Cuando franqueé la plaza, antes de retomar diagonal 73, giré para observar el espectáculo una vez más. Parecía que esa chica se iba a ahogar de bronca. La escena me remitió a un hecho que abría una nueva conjetura.

Hacía cosa de dos meses, en una larga y tempestuosa charla —de ésas que se inauguran con el fatídico «Tenemos que hablar...»—, Lola me había recriminado mi autismo y mi disposición a preocuparme por cualquier cosa de un modo exagerado, dejándola en un lugar completamente relegado. Agregó que mi ensimismamiento había deshidratado la pareja y que la había

reducido a una soledad a dúo; podría haber dicho «compañía vacía», pero el sentido dramático que la inspira en esas circunstancias la inclina siempre por metáforas más tremendistas. Me puse a la defensiva y, más por inercia que por convicción, ensayé algunos contraataques que se estrellaron contra la solidez y el acierto de su diagnóstico. Indulgente, me explicó con ese tono sereno que depone la rivalidad e invita a la comprensión, que ella se sentía muy sola y que ese sentimiento se le hacía insoportable estando en pareja. Sin perder la templeza, cerró la charla con una de esas sentencias formuladas en clave interrogativa para involucrar al otro en la determinación que encierran: ¿Qué sentido tiene seguir así, no? Acorralado, me comprometí a cambiar de actitud. Pero esos cambios no se producen por arte de magia y no se sostienen con temor sino con persuasión. De modo que, a excepción del primer mes, en el que el temor a la pérdida me hizo estar más pendiente, volví a relajarme. La regresión no fue absoluta. Conseguí sedimentar unos pocos cambios que ella celebraba. Pero en el fondo yo sentía que eran insuficientes.

Esta hipótesis modificaba el significado de aquella frase espeluznante y de la pesadilla. El muerto era la pareja y la culpa era mía que no había cumplido con la promesa. Lo que me reclamaba Lola era que le diese de una vez por todas el tiro de gracia a nuestra relación, que la enterrara. De allí el sueño. La imposibilidad de progresar con el pozo simbolizaba mi incapacidad para sostener los cambios que ella me reclamaba con justicia. Luego el entierro ése, tan extravagante y trágico, con una fosa tan pequeña que no cabía en ella un ataúd de miniatura, representación de la insignificancia a la que había quedado reducida nuestra pareja y de mi cobardía para ultimarla a pesar de ello. Entonces aparecían todas esas *miradas* conminatorias

señalándome, provenientes de personas incorpóreas, fosforeciendo en la noche como ojos felinos a la espera del zarpazo inaugural y fatídico. Esta nueva presunción resignificaba un dato clave que yo había atribuido a la incongruencia característica de los sueños en la figuración del aborto. ¿Cómo podía ser que el que cavase el hoyo y el que colocase el ataúd fueran dos personas diferentes? El viejo sepulturero, con esa soledad tan curtida grabada en su rostro, aquél en el que yo, desorientado, había proyectado al cirujano, era yo mismo proyectado en el futuro.

La ciudad tiene una plaza cada seis cuadras, yo llevaba a razón de una hipótesis por plaza. Es evidente que, así como las esquinas, las diagonales lo multiplican todo: los accidentes, las posibilidades, las paranoias —quizás sea la contracara de la magnífica abreviación de algunos trayectos que brindan—. Si seguía obstinándome en transitar por una de ellas acabaría por volverme loco.

Iba tan enfrascado que cuando me quise dar cuenta estaba ya a la altura de 55, a una cuadra de la plaza Moreno. Una sensación de vértigo se apoderó de mí. Una nueva plaza representaba el abismo de una tercera conjetura. Me impuse abandonar esa maldita diagonal que fertilizaba mis fantasías. Miré el reloj para comprobar la hora y descubrí que faltaban quince minutos para las tres de la madrugada. Recordé que el autobús en el que regresaba Lola llegaba a las cuatro. Paré un taxi y le dije que me llevara a la terminal.

La sugestión no me daba respiro y continuaba maquinando aun cuando ya no estaba sobre ninguna diagonal. Por suerte el micro fue puntual y sólo tuve que aguardar una hora.

Al verme, Lola sonrió expansivamente. Mientras nos abrazábamos me expresó su sorpresa. Le dije que había estado mi-

ÍNDICE

| | |
|--|-----|
| Ruidos de alfil | 15 |
| Ola de calor | 29 |
| Las llaves | 61 |
| Sobredosis de vida | 69 |
| La muerte toca de oído | 103 |
| El autor: <i>Maximiliano Costagliola</i> | 125 |

Este libro terminó de imprimirse en Málaga
un 21 de febrero de 2023
coincidiendo con el natalicio del escritor
Chuck Palahniuk
en cuarto creciente.





Impreso en Málaga, España.
Printed in Malaga, Spain.
Imprimé á Malaga, Espagne.

MC
OR
2X

PO2 2ATA0209
RE LA MURTE
ETREUM AJ ER

TI
AM
GI
LI
OR
AN
AD

MC
RO
XS

POSDATAS SOB
RE LA MUERTE

IT
MA
IG
LL
II
RO
DL
OR